

Objeciones y respuestas dadas por Dagognet a sus colegas¹

François Dagognet

Una jornada tan lograda como la de San Julián no ha terminado de recomenzar; se perdonará sin dificultad al que se encontró, de grado o por fuerza, en su centro, de prolongar los análisis, incluso de tratar después de todo de volverlos a lanzar con el fin de que el Coloquio pueda continuarse. ¡Tratemos de darle una especie de continuación ininterrumpida!

A guisa de prólogo, nos preguntamos si la extraordinaria iniciativa de Canguilhem no innova, en el sentido en que una comunicación, por una parte es explícitamente “desparisinizada”, por tanto diseminada o regionalizada; por la otra, no ha pasado a través de los medios de información tradicionales: ni la lección demasiado académica, ni la escritura secular, sino un encuentro desacostumbrado, discusiones libres, incluso si algunos han podido juzgarlas demasiado enfurtidas, intercambios laterales, en un lugar privilegiado en todos sus aspectos. Mañana emergerán centros múltiples, favorables a enfrentamientos directos entre protagonistas venidos de horizontes diferentes.

Un escritor, cualquiera él sea, permanece al abrigo tras la potente pantalla de palabras bastante anónimas y que no responden; el enseñante está bien protegido por la distancia entre los que lo escuchan y él mismo, que profiere y profesa. Pero aquí, colegas y amigos, cuestionan o intervienen; no veamos en ello inmediatamente un regreso a una especie de Platonismo —diálogos llenos de fingimientos, de giros conocidos y de arreglos— sino la invención de otro abordaje, más violento y menos premeditado. Las pantallas comienzan a caer: si el coloquio de San Julián afortunadamente ha sabido mantener las tradiciones de cortesía, de amistad y de su suave clausura, también habría podido claramente dar asilo a la vehemencia, a la incisión, al fuego de anotaciones apremiantes, cruzadas, incluso acusadoras. Las ha rozado.

Lejos de la justa oral, de la presentación demasiado canónica o de la tradición escritural, se intentó una reunión bien focalizada; se ha ocupado provisional-

¹ François Dagognet, *Objeciones y respuestas dadas por Dagognet a sus colegas*. En: G. Canguilhem et al. *Anatomía de un epistemólogo: François Dagognet*. París: Vrin, 1984, pp.101-124. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau C. Medellín, 9 de octubre de 2006.

mente otra escena, para un teatro distinto. No el tribunal, demasiado ritualizado y excesivamente utilizado por los filósofos que les ha gustado condenarse los unos a los otros, sino más bien el "desnudamiento" de tal o cual reflexión! Que cada uno pueda perder sus prudencias o sus gazmoñerías, que no dude ni en cuestionar ni en responder: la mordaz palabra "anatomía" expresa claramente ese lado de la operación, decidida a descomponer libremente y a poner sobre la mesa lo que estaba dado de manera demasiado implícita o aún confusa. Disecar y desplegar.

Para favorecer este fuego no extinto, pongamos aún en claro algunas sordas demandas y tratemos de responderlas aquí, a reserva de tomar por circuitos menos calurosos y menos eléctricos.

I

Ante todo, ¿qué es una filosofía, de dónde viene, quién insiste sobre las "formas" y los "dispositivos"? ¿Sobre la espacialidad y las apariencias, es decir los datos sensibles, hasta correr el riesgo de caer en el más lamentable empirismo?

La filosofía quizá ha sido infectada desde el comienzo; corre el riesgo de jugar el papel de una religión y de solo propagar mitologías bastante perniciosas: reemplaza entonces el alma, de alguna manera juzgada demasiado neumática, por el "pensamiento" impersonal; la finalidad y la armonía del Cosmos creado, por un orden implícito y suficiente en sí mismo; el Mundo, fuente constante de errores y de ilusiones, cederá el lugar a lo racional y a un modelo inteligible. Ella equivaldría pues a una suma de creencias minimalizadas, laicas y universalizables, pero en verdad, este platonismo sin cesar revisado o modernizado, se pone de acuerdo con un cristianismo larvado, enfermizo incluso según la terminología de Nietzsche. La enseñanza filosófica sacerdotal no puede desarrollarse sin esta cripto-teología y la ontología que la acompaña.

El filósofo griego había partido el universo en dos, el de lo sensible y el de lo inteligible. El pensamiento occidental, nacido de o con esta disociación, ¿podrá alguna vez volver a coser lo que ha sido desgarrado: lo material y lo intelectual, la percepción y la inteligencia? Los adversarios de la dicotomía, ignorándolo y paradójicamente, la refuerzan: cuando Bacon, más tarde, abra la vía al empirismo y recoja las solas apariencias, se contentará demasiado con acumular los "datos" (los restos) dispares y muy insignificantes; nos propone aún un universo informe, es decir, el mantenimiento de la más vieja quebradura: en efecto, o bien se coloca la realidad en el mundo de las ideas o bien se glorifica al mundo sin ideas de un percibir bastante pobre; las dos actitudes, aunque opuestas, se responden.

Descartes, aunque bastante ambiguo, sufre de la misma distorsión; si por un lado el modelo espacial ha podido generar la diversidad fenoménica y aclararla,

si es uno de los primeros en utilizar el audaz método topo-geométrico, por el otro lado, cae rápidamente en el imaginario de los torbellinos, porque nunca es gracias al examen de las cosas como se aprende a conocer su organización como sus propiedades. Al menos se afirma que se las deduce. Se reemplaza la física por la lógica dado que el pensamiento contiene en sí las reglas de lo verdadero. El posee en su fondo la racionalidad, y por eso esos desarrollos autónomos a partir del *Cogito* y de Dios que garantizaría su fecundidad. Y el empirismo más ácido retoma esta misma solución que creía discutir, pero a la cual no es fácil sustraerse: para Hume el pensamiento religa, por medio de la causalidad, lo que nos es ofrecido tanto en la dispersión como en la sucesión; pero las secuencias habituales, a fuerza de repetirse, nos comunican un sentimiento de casi-necesidad (subjetivo). La razón ha sido bien destronada pero subsiste y funciona siempre como instrumento de enlace. Ilusión, pero invencible ilusión; se explica el tenaz error de nuestras certidumbres.

El kantismo, verdadero pivote de la filosofía moderna, irá aún más lejos: el sujeto solo recibe impresiones, en estado de dislocamiento y de desmigajamiento. Y los primeros cuadros relacionales, como el espacio, que permiten ya conglomerar y colectar, solo vienen de nuestra sensibilidad. Mejor aún, se renueva y refresca más que nunca, la vieja dualidad platónica, aunque se tenga dificultades en mantenerla, entre el fenómeno y el ser, es decir la “cosa en sí” incognoscible. ¿Cómo en efecto y por qué plantear este “noumeno”? Puesto que conocemos ya y afirmamos su existencia, cualquiera sea el argumento, y que las apariencias se remiten a él y sin duda lo manifiestan —él es su substrato o su fundamento—, no se lo podría considerar como enteramente desconocido. Seguro es también que la no-suficiencia de los “datos exteriores” autoriza la libertad y la moralidad; en efecto, solo podemos afirmar estas si el aparecer no constituye más el todo de la realidad (determinada); debe ser previamente limitado en sus prerrogativas como en su campo. Se le concede mucho, la necesidad y la coherencia, porque se le retira, en un segundo tiempo, lo esencial, la auténtica realidad. ¿No es entonces Platonismo, pero en su paroxismo? La separación tiende a volatilizar lo sensible y a quitarle “su seriedad”. Mientras tanto es una filosofía difícil y laboriosa, puesto que una misma cosa cabalga, se lo quiera o no, sobre dos mundos: el exterior donde puede ser conocida, lo nocturno o lo nouménico donde ella escapa a nuestra intuición. ¿Existe entonces un lazo entre estos dos universos? Sin duda, pero entonces el ser mismo se da en la fenomenidad y allí se traiciona, aunque se lo querría indeterminado o imposible de captar.

El rechazo de lo que previa y sutilmente se ha desvitalizado, el desprecio correlativo del cuerpo demasiado ligado a lo sensible, así como la glorificación de un “más allá” o de la Idea; a esta prédica se ha consagrado lo más a menudo la filosofía clásica. Es necesario pues considerarla como una “religión” tan pér-

fida que le conviene aún a los pretendidos ateos, a los espíritus fuertes o a los que se creían críticos, pero que no por ello dejan de tragarse todas las culebras.

Por esta razón, preocuparse de los solos dispositivos materiales; no reducir el Universo a algunos principios o a un mecanismo tan abstracto que aplaste, so pretexto de glorificar la necesidad; explorar la variedad y la importancia de las “arquitecturas” naturales, constituye un poco la antítesis de la corriente racional, de inspiración platónica, que hemos recordado anteriormente, incluso si la hemos caricaturizado. Aprendamos a poner de plano, a tener en cuenta las superficies, los embrollos y sus enlaces complejos, incluso tratar de comprender sus propiedades así como también la razón de sus construcciones; tal sería en parte la tarea del filomorfo. Es evidente que para él, el ser —al menos lo que se llama tal— no podría existir sin el aparecer; no se coloca ni por fuera ni por debajo de él. Es suficiente con que este último, generalmente despreciado y alejado, sea restaurado en su complejidad o su continuidad, sustraído de los falsos recortes, y del desmigajamiento o de las brumas que nos lo disimulan. “Solo las cosas superficiales pueden no ser insignificantes. Lo que es profundo no tiene sentido ni consecuencia. Por el contrario, la vida no exige ninguna profundidad”, para citar una fórmula de un pensador con el que resonamos siempre².

¿Todos los filósofos estarían contaminados por esta cripto-teología que, a su vez, diseminarían? No, y por lo demás podríamos hacer la lista de los que han resistido a esta cruzada o a este deslizamiento. Evoquemos solamente uno de ellos, el más inesperado de todos, el inmaterialista Berkeley, con la condición de retener solamente algunos desarrollos de su sistema: la crítica corrosiva de las “ideas abstractas”, la repulsa a distinguir las cualidades llamadas primeras de las segundas (que por eso mismo quedan un poco rebajadas), el rechazo de una naturaleza pretendidamente situada bajo lo que percibimos (la substancia), la plena reconciliación del existir y del sentir (una lógica del aparecer), etc. Con el fin de asegurar y de amplificar la presencia de Dios, Berkeley suprime todas las construcciones, según él artificiales, que sostienen el Universo, pero que sobre todo forman pantalla entre nuestra conciencia y el creador; se descubre el mundo pelicular en sí mismo; se lo concibe como el lenguaje directo de Dios; pierde pues todas las armazones con las que se lo ha cargado, como sus inútiles basamentos. Las leyes físicas representan solamente la gramática de un texto, saturado de sentido.

Evidentemente no se puede admitir la crítica de las “abstracciones” sin tener que aceptar el principio del hiper-teologismo. Los dos se sostienen recíprocamente; sin embargo, pedimos que se los despegue para solo conservar la condena de las controversias verbales nocivas como la de los que desprecian “las particularidades secretas”, aunque a través de ella se pueda leer un uni-

² Valéry. *Tel Quel*. 10.^a ed., p. 271.

versal. “Es un punto sobre el cual se insiste mucho: que todo conocimiento y toda demostración tienen que ver con nociones universales; estoy de acuerdo plenamente. Pero me parece que esas nociones no se forman por abstracción como se lo ha propuesto; la universalidad, como yo la puedo comprender, no se encuentra en la naturaleza o el pensamiento de una idea fija, sino en la relación que ella sostiene con los particulares...”³.

Por esta especie de lógica de los solos fenómenos, de las superficies, dos operaciones lo esperan y lo definen; lo real saldrá de aquí transformado. Volveremos más tarde sobre esta metamorfosis espacio-temporal.

a) Primer trabajo, a la vez material y mental: el reagrupamiento o la concentración de lo que nos es ofrecido diaspóricamente (las palabras, los catálogos, los cuadros, los mapas...).

La naturaleza está golpeada, necesariamente, de entropía, de hemorragia y de dispersión. No puede resistir a esta huida. Pero el individuo y la sociedad son llamados —así como también el viviente— a luchar contra esta dilución-lapidación. La pasión por el reunir hunde sus raíces en una justa protesta, un poderoso “mecanismo de defensa”; y la cultura podría nacer de ahí.

Muy curiosamente, es verdad que allí donde reina el número y la acumulación, sobre todo se tiene en cuenta y se subraya sus aspectos negros y negativos: o bien el cafarnameo, el revoltillo y el caos, o bien la colección —perversidad sádica que domina a tal punto los bienes en su totalidad que nada escapa a su escapate (una posesividad sin falla)—, o aún el pululamiento, lo vibrionario, la insigne. También se ha desacreditado “la concentración” porque la economía capitalista amontonaba los medios de producción como los útiles financieros, los unos y los otros condicionando el crecimiento industrial y la “productividad”, así como la potencia política, de donde se deriva el aplastamiento de todos. Porque algunos han confiscado los instrumentos del poder —la reunión de máquinas, de mercancías y de signos— rápidamente nos hemos equivocado de enemigo; se ha visto en la intensa reunión la causa de nuestras miserias, por no decir de la alienación. Por lo demás algunos han sacado la consecuencia: el retorno a la dispersión individual, el artesanado, las robinsonadas. Pero la explotación, como la desviación de un medio, no debe servir para despreciarlo en sí mismo. Que se lo quiera o no, desde la simple palanca hasta la planta hidroeléctrica, incluso nuclear, la realización técnica logra concentrar y con ello decuplicar las energías. No se podría aminorar su fuerza, la de reunir y focalizar. Por lo demás no se puede escapar ni al monocultivo que se centra también sobre una sola producción (las Revoluciones verdes) ni a la Ciudad que se hiper-especializa en un tipo de fabricación.

³ *Principios del conocimiento humano*, in *Oeuvres choisies* de Berkeley, Tr. André Leroy, Aubier, p. 189.

Reconocemos por todas partes la anti-dispersión en ejercicio: ya los pueblos y, *a fortiori*, las ciudades nacen de una intensa reunión-amontonamiento; en su centro, modesto o inmenso, todo se vuelve a cruzar: las rutas, las riquezas, los edificios, los documentos, las escrituras, los recuerdos, los servicios, los residuos, etc. Por ello su prestigio. Y ellas mismas, nuestras ciudades, para asegurar esta función tónica recapitulativa, se han desarrollado en lugares privilegiados, o bien en las cimas, fáciles de defender, así como también abiertas ya a una amplia vista, un panorama, es decir una especie de *compendium* natural. O también "la aglomeración", en lugar de ocupar un promontorio se estira a lo largo de un río, es decir allí donde todos los bienes y los intercambios convergen; o también se aloja en el valle, pero porque lo transitan las caravanas y los viajeros. En resumen, verificamos la intensidad y la ampliación de las reuniones, de bienes, de hombres, de símbolos, de ceremonias y de desfiles. Y a la inversa: nada hay más debilitador e insoportable que la vacuidad, la dilución y la separación.

No podemos analizar al detalle las réplicas a un universo demasiado diseminado y centrífugo; solamente mencionemos, a título de muestra ejemplar de esta pasión por la colección y la colectividad, la importancia de los códigos y de los libros panoptizadores.

No solamente las obras conglomeran, reúnen, sino que mejor aún, la Biblioteca, que las reúne y las alinea, situada ella misma en el corazón de las Ciudades donde se amontonan tantos documentos variados; aquí, asistimos a un triple reagrupamiento (como una especie de tabla o de armario extensible): primero el libro del Mundo, después todos los textos, y finalmente, en medio de una megalópolis centralizada. Nadie puede discutir la Modernidad ni la posibilidad nerviosa de estos "Observatorios": la obra de ciencia como la novela —las dos "recopilaciones"—, contienen, como recipientes, aventuras, experiencias, lecciones, explicaciones. Reservas o depósitos de signos, atesoran. Concedemos, además, más atención a los actuales "bancos de datos": *Biosis* para la biología, *Chemical Abstracts* para la química, *Medlar* para la medicina, etc. ¿Por qué estos sistemas? Porque, por una parte, los científicos aprenden cada vez más a codificar los signos, y por otra parte, porque la materia, con recursos sin fin, se vuelve capaz de almacenar (el almacenamiento) sin límites y de manera segura. La informatización intensifica el proceso anteriormente descrito (la cosecha).

El psiquismo elemental, a su vez, resulta de esta fuerza de contracción; recibe ante todo informaciones de todos lados, en desorden, las canaliza y las organiza, saca de ellas también aplicaciones. Mejor aún, porque religa logra obtener una "representación" del universo; en efecto, el percibir constituye una conducta anti-dispersiva: "Esta sensación de luz roja experimentada por nosotros durante un segundo corresponde en sí a una sucesión de fenómenos que, desenrollados en nuestra duración, con la mayor economía posible de tiempo, ocuparía más

de 250 siglos de nuestra historia". Fusionar lo que ha sido separado, aproximar, combinar, son tantos otros actos intelectuales de la misma naturaleza: la anti-exposición o la anti-diseminación.

Por lo demás, algunas de las exposiciones de San Julián han insistido, de manera inolvidable, sobre la fecundidad de los inventarios, de las ordenaciones o de los reagrupamientos; Lambert apasionadamente ha evocado la reseña histórica como las dificultades, mientras que Escat remitía a la corriente leibniziana la pasión filosófica, heurística, de las notaciones y de los registros.

b) Segundo trabajo, completamente parecido: oponerse ya no al espacio que divide sino al tiempo que dispersa (la Memoria).

Si la palabra "concentración" o "amontonamiento" sufre de connotaciones bastante negativas, su recíproca "conservación", está sometida a la misma suerte depreciativa. Entonces, se arriesga devaluar el recuerdo que presentificaría lo que ha dejado de existir y que en nada innovaría. Inmovilizar, embalsamar, preservar, otras tantas expresiones restrictivas por no decir, incluso, funerarias. No solamente el término traduce (mal) el lado más pobre —siempre la fijación, el registro, el mantenimiento— sino que descuida el aspecto más activo como el más fructuoso de la conservación, porque esas "inscripciones vivientes" continúan moviéndose, decantándose y permitiendo otros enlaces (diagonales). Solamente al final se comprende y se capta el comienzo: a este respecto, Gaston Bachelard ha sorprendido cuando mostraba que la verdadera infancia se despierta en el viejo, muy tardíamente, al término de su existencia. ¿Visión poética? No lo pensamos; aquí tenemos la prueba de un "pasado" que se mueve, que lentamente se cierra y se organiza.

En todo caso conviene luchar contra la erosión: el psiquismo, la sociedad, las instituciones (por tanto nuestras ciudades, sus monumentos, los archivos y sus actas), todo se consagra al recuerdo. La escritura, que ya reúne los datos y los encierra en algunas líneas, no deja de depositarlos con el fin de no perderlos, gracias a medios estrictamente materiales: al comienzo se graba, luego se reemplazarán las duras incisiones por presiones sobre la arcilla blanda, más tarde por simples rayones, finalmente con huellas y marcas lo más indelebles posibles, aunque raspadores puedan a veces tachar o tengan que borrarlos. Asegurar y guardar.

No podríamos pasar revista a todas las actividades que tienen que ver con la energía y con el anti-desgaste: oponerse a lo que recubre y suprime. Se ha sostenido que, si el espacio servía a nuestra potencia (se circula en él en todos los sentidos, sin restricción y uno puede incluso entregarse en él a frecuentes idas y regresos), el tiempo que corre acusaría nuestra debilidad. No estamos seguros de ello porque logramos llegar a suspender sus efectos destructores

y porque sabemos también remontar su curso (la memoria). Pero se agrava la importancia de su irreversibilidad con el fin de humillar al hombre y obligarlo a la sumisión, por eso el desencallamiento correlativo de un Ser o de un real más poderoso que él, que lo absorbe. Denunciemos siempre lo que nos aplasta, la funesta ontología larvada o la cripto-teología que ha corrompido el espíritu filosófico, a tal punto que un historiador ha podido pretender recientemente: "si se considera el recorrido filosófico en lo que tiene de esencial, se ve cómo todas las grandes filosofías son una crítica del objeto a nombre del ser. Entiendo por esto que ellas critican lo que aparece a nombre de lo que es en sí". Entonces, ¡exigimos el derecho de marchar completamente a contracorriente!

Se nos recordará que la muerte se lo lleva todo, incluso a los individuos rebeldes. De paso ¡es esta una prueba que la filosofía y la religión beben en el mismo fondo argumentativo!

Discutimos este juicio: en efecto, el viviente nace de su oposición a la destrucción; solo piensa en reproducirse. La herencia en él, tan bien protegida en el corazón del núcleo mejor cerrado, sustrae el patrimonio del aniquilamiento. Ningún tesoro se aísla tan cuidadosamente. Y él lo transmite con una fiebre y una prodigalidad que constituye la sexualidad; y ésta define integralmente las plantas y los animales, que se perpetúan contra viento y marea. La menor brizna de hierba prende; ¡no se la detiene o muy poco se lo puede hacer! Siempre vuelve a brotar; el grano mínimo y resistente atraviesa las edades, como las tempestades. Todas las funciones fisiológicas trabajan en esta "inmortalización". Otra vez Valéry lo señala con agudeza: "Con respecto al individuo, la muerte se opone a la vida, pero por el contrario, en una visión de conjunto de los vivientes, ella es condición de vida... El más grande artista solo puede esculpir en un mármol que es indestructible y el más grande mecánico no tiene para ensamblar sino cuerpos perecederos, oxidables, corruptibles. Y si los cuerpos no fuesen así de alterables, estos prácticos no podrían el uno esculpir, el otro perfilar y ajustar... lo que hace que las obras sean posibles hace también que ellas sean perecederas"⁴. Otra perspectiva valeriana: el viviente escapa al tiempo porque no cesa de repetir, ya no "reproducirse" sino reproducir simplemente: "Admiramos un insecto que recommienza el trabajo indefinidamente cuando destruimos indefinidamente su obra, de esta forma el mundo hace nuestro cuerpo y éste se defiende como insecto. Cada pulsación, cada secreción, cada sueño retoman ciegamente la obra"⁵.

Valéry ha ahondado bien el examen de esta guerra llevada contra la erosión: en efecto, importa negar por todos los medios y anular los efectos del tiempo que disuelve. Muchas técnicas, según él, se caracterizan por el poder no tanto de

⁴ *Tel quel*, p. 345.

⁵ *Ibidem*. p. 334.

ensamblar o de transformar sino por impedir la desnaturalización y de consolidar la preservación, por eso “la subsistencia” es más importante que la “substancia”; por ejemplo, en los siglos más lejanos, los quesos, las carnes ahumadas, las salmueras, la cocción, y sobre todo, le añadimos nosotros, la putrefacción utilizada y vuelta contra sí misma! El hombre usa lo corruptible en su provecho: si la muerte asecha la vida, inversamente ésta se servirá de aquélla con el fin de salvarla, al mismo tiempo que se recuperan los desechos que se creían perdidos o sin empleo. La industria recicla y, a su manera, “inmortaliza”. Nada se pierde.

Sobre todo el pan y el vino prolongan sin fin la época de la cosecha y de la vendimia; aparentemente cambian pero sobre todo “ponen en reserva” o inmovilizan. La cava y el granero. El tiempo ya no los muerde, o muy poco. Entonces se sigue una mística y ritos. “El cristianismo —anota Valéry tan sorprendido— cuenta con el pan y el vino. El catolicismo los exige. Pan, vino y la noción de substancia. La operación esencial, que define al catolicismo, es el cambio de substancia de dos productos elaborados por la industria del hombre... Todo esto define en el globo una cierta región que se dispone en torno a la cuenca del Mediterráneo, región cuyos límites son los de la viña y el trigo... En los imperios del arroz, de las papas, de los bananos, de las cervezas, de las leches agrias y del agua clara, el pan y el vino son productos exóticos...”⁶. Cita larga que no queríamos truncar porque ella liga muy bien el cultivo [la culture] de la tierra y la de los espíritus. Por todas partes es pues necesario dedicarse a convertir pero con el fin de ponerse al abrigo: por aquí se escapa a lo que destruye.

Valéry irá más lejos aún, en su pasión intensa de glorificar “la conservación” —a sus ojos la adquisición más eminente y fuente de toda la civilización—; de ella resulta incluso la poesía. No es más que eso, una victoria sobre el tiempo; los sentidos y el sentido se solidarizan con el fin de perdurar. Generalmente las palabras se las lleva el viento y perecen una vez emitidas; han servido. Por el contrario, los versos se retienen: ante todo no “expresan” nada, no piden nada; además, el cuerpo los retoma sin dificultad porque son acordes a su ritmo. La prosa muere [meurt] mientras la poesía permanece [demeure].

Se estaría equivocado aquí si se quisiera oponer nuestra concepción en filigrana del viviente —que conserva y se conserva— a la que Canguilhem ha desarrollado e impuesto tan bien; su inventividad (la normatividad) tal como ella se adapta a las circunstancias y que, sobre todo, no se encierra en reglas de funcionamiento invariable (entonces medible y objetivables). Pero la palabra “conservación” no significa fijeza; importa atravesar las crisis a toda costa. La vida del viviente consiste en sobrevivir, el mayor tiempo posible, en y a pesar de la adversidad. Ahora bien ¿lo que se pliega no resiste mejor que lo que se quiebra? La flexibilidad, y no la rigidez, asegura y define la verdadera constancia.

⁶ *Rhumbs*, p.38.

Solo retengamos entonces nuestra conclusión: la doble victoria sobre el espacio (por medio de la concentración) y sobre el tiempo (el mantenimiento), pero, la una y el otro por medio de “formas” susceptibles de reunir y de subsistir.

II

Pero dado que nos estamos explicando, debemos responder a una sorda objeción que se nos ha dirigido: ¿cómo un filósofo puede seriamente llegar a agrandar “la imagen”, la iconicidad, incluso en un grado aún menor “el audio-visual”, contra el cual la filosofía nos ha inmunizado desde el origen?

Uno de los primeros que nos ha puesto en guardia contra ella ha sido Platón: el triángulo no debe confundirse con su reflejo, la figura. Por un lado la idea, por el otro la ilustración, que a menudo abusa; se va quizás de la una a la otra, pero sobre todo de la una contra la otra. El dibujo geométrico no sabría entregarnos la necesidad ni las verdaderas propiedades. Más tarde Alain se apresurará a decir que la vista del cubo o su representación no lo capta nunca más que en perspectiva y solo nos descubre pues algunas de sus caras o aristas. No es pues él mismo sino su peor deformación. Se lo desnaturaliza. El cubo solo se piensa; no podría describirse ni mucho menos ofrecerse a nuestra mirada.

Por su lado, la ciencia moderna, la microfísica, ¿no le puso un término a las “visualizaciones”? Los libros lo repiten bastante: la relación llamada de Heisenberg (la incertidumbre), o más simplemente la asociación de la onda y el corpúsculo, incluso aún la concepción de partículas cada vez menos localizables son suficientes para alejar los esquemas demasiado fijos y simplificadores. Incluso en química, se calcula y demuestra, más que mostrar. Por todas partes. Entonces ¿qué es una epistemología aún apegada a las imágenes?

Gaston Bachelard ¿no se ha dado cuenta de que la ilustración concreta es el obstáculo mayor para la comprensión de lo verdadero? ¿No está en la fuente de los bloqueos? De esta forma, el atomismo antiguo, con sus granos en miniatura, su polvo y sus minúsculos sólidos, ha pagado los costos: quería a todo precio representar (*Les intuitions atomistiques*). “Las intuiciones son muy útiles: sirven para ser destruidas... El esquema del átomo propuesto por Bohr, hace un cuarto de siglo ha actuado en este sentido como una buena imagen: ya no queda nada de él”⁷.

Por lo demás regresamos al mismo problema que ha sido encarado precedentemente, pero bajo otro ángulo; itanto peor!

Defendemos efectivamente “la graficidad” y pedimos incluso re-abrir el proceso que se le ha instaurado. Se lo ha cerrado demasiado rápido. Y deseamos su rehabilitación.

⁷ *La philosophie du Non*, p.138-9.

Para comenzar, no es tan seguro que la ciencia moderna la haya despachado; a este respecto remitimos al artículo de Louis de Broglie, "Las representaciones concretas en microfísica" (in *Logique et connaissance scientifique*). El ilustre teórico se rebela contra la filosofía con la que se la ha vestido. Alega abiertamente por un regreso a las "imágenes teóricas", descarta los puros formalismos, las solas matemáticas o los análisis demasiado vagos (inspiradas en el solo probabilismo). Según él, cada partícula se define por números, expresa pues una estructura bien determinada y no está excluido que, tarde que temprano, se la pueda "siluetear", sino su presencia misma al menos sus efectos. La física no remataría pues sus teorías más que por el acto y gracias a los instrumentos que autorizan "una evidenciación" (por ejemplo, la cámara de Wilson, las rayas de la espectroscopia y los niveles de energía, etc.). Seguramente no lo real, pero realizaciones, la concretización y la efectividad.

Todo depende de lo que se ponga bajo las palabras: bajo la de configuración no entendemos un reflejo o una sombra, sino la puesta en claro de una "organización", el perfil teórico de los elementos como de su composición. Rehusarlo o minimizarlo nos parece peligroso, una especie de regreso a la metafísica (la cripto-teología), lo que le tiene afecto a lo invisible o a las fuerzas a distancia; se les ha reemplazado precisamente por líneas, que dibuja la limadura del hierro en la vecindad de un imán, en el experimento bien conocido del espectro magnético de Faraday: "Gracias a él, comenta Kastler, el espacio vacío de los matemáticos se ha vuelto un medio dotado de propiedades físicas"⁸. Trayectorias y curvas, polos, en efecto lo enriquecemos; la sola ley de Coulomb, según la cual los campos (electromagnéticos) se rechazan o se atraen en razón inversa del cuadrado de la distancia, suponía demasiado un espacio idéntico a sí mismo; solo se contaba entonces con el alejamiento para medir las influencias. Ahora bien, "el medio" pierde su isotropía o su homogeneidad: lo cruzan líneas. "El espacio atravesado por las líneas de fuerza ¿tiene las mismas propiedades que el resto del espacio?", tal ha sido la pregunta de Faraday. Esta es su respuesta: "Un anillo que corta las líneas de fuerza es la sede de una corriente eléctrica, mientras que en el espacio desprovisto de líneas de fuerza ningún fenómeno eléctrico aparece". Maxwell y Hertz ampliaron esta abertura. En resumen, las ondas no circulan en todos los puntos; se levantan caminos o circuitos particulares, de la misma manera que el agua que chorrea se canaliza, se difunde en hilillos y no se distribuye completamente, de manera uniforme, por el suelo, en la superficie.

En cuanto al bachelardismo con el que se piensa entrabarnos, creemos que él tampoco ha cesado de moverse: no ha dado tanto la guerra contra las imágenes

⁸ Faraday. *Extracto de las Investigaciones experimentales en electricidad*. Presentadas por Germaine Hirtz, Prefacio de A. Kastler, Gauthier-Villars, 1967.

fosilizadas y nocivas como que ha suscitado las oscilantes y las modernas, las que integran mejor las vibraciones o las energías. Los sutiles croquis —su obra está llena de ellos— se modifican con las teorías y las precisan, de la misma manera que los símbolos, las notaciones y también las puntuaciones. Se las rectifica y se las retoca sin fin. No inventamos nada, pero es necesario subrayarlo claramente puesto que la epistemología de Gastón Bachelard, por lo demás tan evolutiva, ha sido demasiado arrastrada de un solo lado y porque él mismo ha dado pábulo al ladeamiento. Sin embargo, ¿no está escrito —y es una frase entre otras— en el *Materialismo racional*: “Desde entonces, puesto que los electrones no son localizables, se va a buscar representaciones que darán la densidad de presencia de esos electrones, la densidad electrónica en las diferentes regiones de la molécula. Y es así como los libros de química moderna están ilustrados con ‘mapas electrónicos’. Dicho de otra manera, ¿se instituye una verdadera cartografía de la molécula”⁹? Y la obra entera irá en este sentido, en favor de una neo-iconografía. Por ejemplo —el caso más frecuentemente comentado—, el núcleo de benceno ya no merece ser considerado como un hexágono anguloso. Tiembla e incluye posibles; nos dedicaremos pues a encontrar medios que materialicen y capten su relativa inestabilidad, una figuración casi-Calderiana (el escultor de los móviles).

Por otra parte, nosotros creemos que Gastón Bachelard no ha dejado de alejarse del intelectualismo de estilo brunsvicgiano; no ha creído más que en aplicaciones; se ha fenómeno-tecnificado y materializado. ¿Renunciaba por ello a la clásica devaluación de lo sensible? Seguramente: los olores y los sabores, que tienen que ver con la química de los matices, entraban en la arena de la ciencia nueva; de acá en adelante, no importa tanto alejarse de lo real como de ampliarlo y de reconstruirlo. ¡Salvemos los fenómenos! ¡Creémoslos, como el demiurgo!

Estas ciencias morfológicas, de las que nos reclamamos, les falta desarrollarse. ¡Tengamos sobre todo en cuenta su crecimiento como su irradiación! El filósofo estaba quizá inclinado a aminorarlas, o incluso a olvidarlas. Actualmente, ¡qué desquite!

[...]

Lo visible expresa pues lo invisible con el cual coincide: no pedimos más (...) Cerramos demasiado los ojos a las minúsculas diferencias como a las distancias débiles. Recubrimos, abstraemos, generalizamos.

Además de la mineralogía y las ciencias de la Tierra, creemos poder extraer “argumentos” o “lecciones” de disciplinas en pleno movimiento: primero, no se

⁹ *Op. cit.*, p.150. La cita prosigue: “Estos mapas electrónicos ¿son realistas, solo son representaciones?... Si se concluye limitándose a la noción de representación, será necesario decir que nunca una representación ha estado más próxima de la realidad” (*Ibid.*, p.150).

tiene el derecho de encerrar la morfología en la sola biología, segundo, de encerrarla en la ingrata y simple descripción, ora de los aparatos (la anatomía estricta), ora de los tejidos (la histología). Extendamos su influencia. La química física en general, la geografía —y llegaríamos hasta incluir las organizaciones sociales, así como la literatura y la poesía— entran todas en este vasto campo donde uno se preocupa del examen estructural; solo se tiene en cuenta las superficies, sus posibles enrollamientos, las composiciones exhibidas y las arquitecturas (de ahí el grafo y la graficidad). Aprendamos a erigir y a leer los relieves, los emplazamientos o las triangulaciones que expresan las situaciones más complejas; incluso saquemos de ahí curvas relacionales (binomiales) o súper-esquemas; si hemos aprendido a deletrear textos, conviene también saber descifrar los mapas de localizaciones, de reparticiones y de intercambios múltiples.

Atrevámonos a algunas últimas observaciones en favor de esta “visualización” demasiado desacreditada:

a) El croquis que quisiéramos analizar y defender condensa la información, de la misma manera que la transmite mejor que un largo discurso; tiene que ver con las teorías de la notación y de la comunicación; concierne tanto la pedagogía de la ciencia como la filosofía de la “contracción” cuya obligación hemos creído tener que precisar y de la que hemos subrayado su importancia. ¿Cómo favorecer la comprensión y como encerrar también una multiplicidad de datos en un esquema que le sea equivalente, aunque más recogido? Se vuelve sobre todo heurístico, en la medida en que facilita el reconocimiento de amplias divisiones como la de las líneas principales o de las fronteras o de los dispositivos mismos. “Lo que se llama invención es de la naturaleza de la comunicación. La fecundidad inventiva en todos los géneros crece como la posesión, la perfección de los medios de comunicación. Una buena notación entraña invenciones”¹⁰. Finalmente la ciencia, lejos de renegar o de abatir la escritura, la exalta y favorece una combinatoria o una “sobre-codificación” (la graficidad misma).

b) Nuestra época podría claramente caracterizarse por el progreso fulgurante llevado a cabo en las técnicas de captura, de registro (frecuentemente automatizado) y de la condensación sobre la pantalla (visible, legible) de resultados. No insistiremos en este punto puesto que hemos consagrado una buena parte de una obra a definir la medicina, a través de su historia, como una ciencia o un arte explícito de la *picturalidad*. Ella logra apoderarse cada vez mejor de lo que se le escapaba; no tanto disecciona como que saca a la superficie; detecta y exterioriza. La clínica solo vive de este pasaje y de esta transferencia, del adentro al afuera. Y también la sensorialidad, tan fundamental en sí misma; la mirada del médico no ha terminado pues de ejercerse; se aguzza sin cesar: no

¹⁰ Valéry, *Tel Quel, Analecta*, p.234.

tanto un “mirón” como un “vidente”; una doble visión, dado que se prolonga y está armada de sus aparatos, sus telescopios.

Con respecto a este tema arriesguemos incluso una breve evocación de una estrategia de este “aparecer” ante los jóvenes epistemólogos de la patología y de la inmunología; precisemos en una palabra lo que se llama “la desviación del complemento”, no tanto por sí misma (y sobre todo ahora que no se recurre a ella) sino como paradigma de una astucia y de un reactivo bastante sensible, antiguamente puesto en funcionamiento por instigación de J. Bordet.

En efecto, cuando la precipitación de un antígeno, microbiano o no, no puede traducirse al ojo desnudo –entre otros el caso de la sífilis–, entonces Bordet no dudaba un momento en conectar esta reacción muda sobre otra, particularmente perceptible. Injertemos. Si se utiliza sensibilizadora y sobre todo alexina (llamada también el complemento) en cantidades apropiadas, si han sido consumidas en el dipolo “antígeno sifilítico-anticuerpo”, no quedarán muchas para entrar en la floculación que lo acompaña, el hemolítico (el conejo-antiglóbulos rojos); pero en caso en que la alexina no hubiera sido utilizada para la primera destrucción, el tubo enrojecerá bruscamente; se es pues informado por “un indicador” inmediato de un drama o de un no-drama. Ciframiento indirecto y bastante fiel; además aquí no deseamos más. La medicina solo vive y progresa por estas astucias o estas iluminaciones. Para el caso, ella trabaja como el químico del laboratorio que, a través de los cambios de tinte, de aspecto o de forma, se asegura de una oxidación-reducción o de una acidobasicidad. Se mide, por el sesgo de un desplazamiento o de una consecuencia que desaloja lo oculto. Y la detección de los medios de defensa ha permitido a la primera inmunología conocer el pasado de aquel al que se le ha sacado un poco de su propia sangre; en el extremo límite, se podrá responder a otras preguntas, como el momento en que la afección que padece se ha declarado y que testimonian los anticuerpos presentes, así como la eventual repetición de este traumatismo (la reviviscencia de la defensa). El presente (¿está atacado?) como el pasado (¿ha sido ya invadido?) se ven en el tubo de ensayo, puesto que no se conoce nada que no deje su firma. A la manera como reaccionamos, podemos y sabemos inducir “las heridas” que ya han golpeado “la imagen del yo”, como las que están en vías de alterarlo. Mencionemos pues de paso el poder hipermnésico de nuestros humores: el suero es como un palimpsesto inigualable. Se aprende a traducirlo, ante todo a analizarlo, después a referir los menores desórdenes de sus constituyentes con los acontecimientos ora exteriores ora personales. Una gota de sangre encierra el Universo (hematología geográfica).

¿Debemos aún responder a la sempiterna objeción que aleja y minimiza lo “sensible”? Podemos, afirma nuestro adversario, razonar sobre la caja del reloj e incluso buscar lazos entre sus diversas piezas; se observará inmediatamente que

el minuterero da doce vueltas más rápido que el horario. ¿Estamos más avanzados? Sobre todo importa buscar adivinar algunos órganos ocultos que explican los movimientos visibles. Buscar así adivinar la existencia o las propiedades de objetos que no pueden aún ser alcanzados por nuestra experiencia, buscar “explicar lo visible complicado por lo invisible simple”¹¹.

El argumento de Jean Perrin no nos ha convencido verdaderamente: evidentemente que no se le pedirá a los empaques, destinados a encerrar y a proteger el contenido, que den cuenta de él. Es evidente que es necesario abrir la caja para estudiar lo que ella guarda. No enredemos todos los planos. No confundamos el frasco y el coligado, lo que envuelve y lo envuelto. Descomponemos, despleguemos. Si se quiebra un radio, se encuentra en el interior una bobina (especie de antena), lámparas, un auricular-transcriptor. Por este camino no se comprende nada (o casi nada) del mecanismo de la transmisión inalámbrica; y tampoco mucho más si el receptor funciona con una pila. El resultado no se lee ni se concibe a través de esos medios que portan, pero que también disimulan, el funcionamiento. Aquí también se han mezclado los niveles. La máquina o el aparato no dejan de solidarizar, y muy profundamente, el material y la operación, en este caso, electrónica y electromagnética (ondas hertzianas). Precisamente el objeto técnico se caracteriza por esta rigurosa equivalencia entre la estructura y las capacidades; es pues irritante que se piense o que se ose contar con él para ampliar el divorcio que se desea entre la función y el substrato, demasiado despreciado.

III

Última respuesta a las objeciones que flotan en el aire de San Julián; hemos desembocado en una dificultad mayor: Michaud, con su viva perspicacia no ha dejado de darse cuenta de ello. ¿No nos deslizamos hacia una especie de filosofía naturalista unitaria o de tipo monístico? En ninguna parte se asistiría a verdaderas rupturas. ¡Con el aplanamiento generalizado, se debe renunciar a los relieves y a las dialécticas! Valéry nos empuja hacia allí, por lo demás y todavía, por medio de anotaciones de esta naturaleza que abundan en su obra: “Uno no se puede figurar bastante nítidamente el sistema psíquico, y su singularidad, mas que por una comparación constante con el mundo de la física. Estoy hablando de una comparación fina, es decir tratando de adaptar por analogía los conceptos de la física, su lenguaje, y sus análisis a los hechos psicológicos”¹².

La materia, o bien por la fuerza de un poderoso principio de conservación, o bien gracias al azar de un encuentro de circunstancias favorables, no ha podido dejar de engendrar conjuntos momentáneamente sustraídos a la erosión,

¹¹ *De la méthode dans les Sciences*. 2a. serie, p.79.

¹² *Tel Quel, Analecta*, p.280.

no-destructibles, por lo menos durante un cierto tiempo. De ello resultarían los primeros vivientes, una especie de naturaleza que, por sus solos recursos, escaparía a las leyes mecánicas y lograría una relativa autonomía. No tenemos necesidad ni de un creador, ni de un impulso o de un soplo o de una misteriosa aspiración, ni siquiera de una dialéctica de la negación de la negación; nada de esto es exigido por la actual biología, capaz de precisar el determinismo de este no-determinismo. (Energetismo, intercambios, puestas en reserva, degradaciones y recombinaciones bioquímicas, inseparables las unas de las otras). La Vida constituye el primer centro transformador, el enigma de los comienzos y de las innovaciones: vinculada a la sola materialidad, ella logra hacerla más compleja y hacerle dar la vuelta, con el fin de asegurarla mejor. La Muerte la acecha en todo momento y la convoca a la dura realidad a la que quizás creía poderse sustraer. Pero no regresemos, ella ha logrado vencerla gracias a la proliferación y a la invencible reproducción que consolida su mantenimiento.

A este respecto, los luminosos descubrimientos de Claude Bernard sobre la regulación y el “medio interior” merecen ser mencionados, no solamente porque nos encontramos en San Julián, sino porque ellos aclaran las bases mismas de la fisiología: nosotros nos constituimos nuestro entorno y no padecemos más los “golpes” de los estímulos externos, aunque ellos no nos dejen de someter y de despertarnos. Si no viéramos ni escucháramos nada, ¿no seríamos víctimas de los desórdenes que suscita la ausencia completa de comunicación? ¿No estaríamos sumergidos en el atontamiento o la apatía?

Además, creemos que la conciencia debe rematar la empresa de la Vida misma, lograr mejor que ella las dos operaciones de preservación (conservar) y de focalización (concentrar). Voluntad y Memoria. El hombre solo nace de una protesta contra el desparramamiento y la disolución. Él constituye el foco oposicional mayor. Dependiendo de la naturaleza en la cual está inmerso, ha sabido robarle sus secretos, ponerla a distancia con el fin de aprehenderla mejor y de contrarrestar sus desmigajamientos como su propia destrucción. Aquí tampoco es necesaria ninguna trascendencia, y mucho menos un “fondo innato” de donde sacáramos y que nos autonomizaría desde el comienzo.

En estas condiciones debemos preocuparnos, por razones tanto filosóficas como epistemológicas, de las operaciones mentales más significativas, aquellas por donde es dominada la potente materia de la que derivamos, no tanto negada como amordazada, no tanto distanciada como reducida:

a) la empresa taxonómica generalizada que llega a sustituir a la multiplicidad tanto como a la dispersión de los seres o de los elementos, por cuadros (conceptuales) que los aprisionan. ¿Qué no clasificamos (los individuos, las sociedades, incluso los sistemas filosóficos)?

Como todo se sostiene, se sigue que la nomenclatura intensificará la captura: las palabras logran recoger aún más y sistematizar. Un verdadero nombre “es sinóptico o esencial” afirmará Linneo. Abramos un paréntesis sobre el propio Linneo: con él no solamente la Naturaleza se vuelve un diccionario, no solamente escribió un libro de *Filosofía Botánica* —famosa empresa guiñol de recopilación y de recolección—, sino que no tuvo temor de comenzar su texto por el recuento de todos los que habían escrito antes de él sobre esta misma cuestión; de alguna manera inventa no tanto el libro en la Biblioteca como la Biblioteca en el libro: la colección de los autores rivaliza con la de las plantas, desfilan los nombres de los viajeros, de los curiosos, de los jardineros, de los médicos, de tal forma que cada vegetal remite a un enjambre de autores, de publicaciones, incluso de planchas.

b) la tipología, muy próxima de la precedente, reagrupa también, ordena y nos libera de la superpoblación. Se reemplaza aquí lo que ha sido amasado por una neo-escritura; ella se dedica a relieves “las similitudes” que se imponen sobre las diferencias (las distancias, que permanecen, son medibles). Cuando un cierto número de rasgos no se disocian —la correlación obliga— y que solamente mínimas ondulaciones animan las unidades, se está claramente en el derecho de aislar esa casi-invariante y de considerarla como un punto de referencia estable. Frecuentemente se ha criticado esta forma elemental de la racionalidad que favorece los cortes y desconoce las evoluciones, es decir los pasajes. Inmovilizaría pues y privilegiaría demasiado el espacio de las discriminaciones.

La irritación aumenta bajo todos los aspectos cuando este tratamiento se aplica al propio hombre; por dos razones al menos: primero a causa del rechazo implícito del dualismo que entraña la operación, puesto que la metafísica se aferra a menudo a la distinción del alma y del cuerpo que garantiza la espléndida autonomía de la “*sola mens*”; segundo, se rompería la individualidad puesto que se la obligaría a entrar en cuadros predeterminados.

Pero a través de estas anotaciones críticas, ¡cuántos malentendidos y presupuestos! Se admite demasiado pronto que lo “somático” (desvalorizado) no es suficiente para personalizar. Se cree equivocadamente que ser “encerrado” dentro de un sub-grupo destruye al “sujeto”, mientras que uno se limita a concebirlo mejor y a situarlo. No entremos en esta discusión pero, “la lectura corporal”, las medidas que la acompañan y la aprehensión de ciertas relaciones inter-fragmentarias significativas nos parecen una tarea que ha sido rebajada demasiado, siempre por las mismas causas: se espera sustraer “el yo”, como no importa cualquier otra obra, de las ciencias llamadas de cuadrícula y de captura, no menos que de “contracción”. Por lo demás es claro que debemos rápidamente reemplazar estos términos demasiado negativos por sinónimos menos sospechosos: análisis craticular, pensamiento matricial, disposición tabular, escalogramas, corpus del campo de variaciones, etc.

c) Las ciencias jurídico-administrativas entran también en este vasto conjunto epistemológico y filosófico. ¡El monismo les ha conducido ahí! La exposición sugestiva liminar de Guery se ha dado cuenta inmediatamente de los peligros, porque un tal estímulo a la cameralística como a las empresas gestonarias, que multiplicarán las etiquetas, los controles y los recortes, conduce, por ciertos lados, a una política temible, incluso irrespirable (la burocracia).

Pensamos que se han exagerado demasiado los maleficios. En todo caso, ningún Estado moderno puede eximirse “de indicadores económicos”, de cuadros de borde y de procedimientos de evaluación. No se gobierna ya a ojo. El que toma las decisiones se rodea hoy de consejeros, solo sueña con “planes”, cifras y umbrales. La aritmética política y econométrica ha adquirido sus títulos de nobleza.

Más aún, la vida social consiste en encontrar y en aplicar “medios técnicos organizacionales” que impiden el aplastamiento de las minorías y permiten las correlaciones incesantes, el juego de los intercambios múltiples como de las suplencias. ¡Una meta— o mega-maquinaria! Según nosotros, el derecho define los principios gracias a los cuales se puede esperar resolver los conflictos o impedir los deslizamientos. ¿Cuáles intercambios (los contratos) y cuáles bases de apoyo (las instituciones)? La sanción para las malas asambleas suscita descontento, esclerosis y revuelta, cuando no resistencias. Empleemos el lenguaje de la cibernética: reglar y regular. Y por consiguiente, el derecho no dejará ni de evolucionar ni de evaluar (por medio de sus códigos).

d) la estética material forma el más bello florón de la corona. ¿De qué se trata si no es primero de una educación de la sensorialidad, demasiado aplastada, y de una atención a las realidades y a los diversos ensamblajes (la composición)? Estos perderán poco a poco sus particularidades y se abandonará los elementos en provecho de sus disposiciones, los diversos emplazamientos y sus relaciones. “Las bellas obras son hijas de su forma, *que nace antes de ellas*”¹³.

En esta óptica, hemos sido llevados a examinar algunos pintores de la región lionesa, puesto que aquí nos encontramos. No abandonemos el terreno experimental y concreto cuando es posible. Detengámonos entonces, un breve instante, en uno de ellos, el célebre Ravier que Paul Claudel —que vivía igualmente no lejos de aquí— no ha dejado de glorificar. Al comienzo pintó paisajes, a la manera de Corot, después, bastante rápidamente, su casi-ausencia, no solamente porque la luz y las brumas los irrealizaban, sino sobre todo porque él abandonaba cada vez más los detalles y los contenidos con el fin de conservar solamente las grandes masas, las solas líneas, se orientan hacia lo basal solamente, por no decir lo casi-abstracto; por lo demás termina su vida semiciego.

¹³ Valéry. *Tel Quel, Choses Tues*. t.I. p. 17.

Evolución notable y muy instructiva: aparentemente la Naturaleza se evapora, pero también se la retiene y se la transcribe cada vez mejor. Doble paradoja: 1.- entre menos medios se usen —algunos trazos, en el dibujo— ¡mejor o más se aprisiona en sus redes!; 2.- cuando parece que se retiene muy poco, en verdad se transportan conjuntos voluminosos de importancia. ¡No busquéis desplazar demasiado, fracasaréis! ¡Benedicid los constreñimientos que os obligan a no cargar demasiado y a desbrozar! Efectivamente, al final Ravier con muy poco, entrega lo “casi-nada”, la inmensa llanura y el cielo confundidos.

Más tarde se irá más lejos, se cambiará incluso de plano; se descenderá entonces hasta lo ínfimo (la microscopía); nos preocuparemos no tanto por la pintura como por las condiciones materiales que la hacen posible, otra manera de remontar hacia los fundamentos. En este caso el arte canta los materiales que preceden y permiten el trabajo transferencial. De esta manera no se duda en pintar la hoja blanca dentro de la hoja blanca misma, con la exageración de sus agrietamientos, de sus imperceptibles cráteres, de las asperezas que hacen caminos de cebra en el espesor de su superficie: los granos del papel o, eventualmente —y es algo que conduce a lo mismo—, las fibras de madera, o los nódulos de la plata de metal. Otras perspectivas se presentarán, no menos de “segundo grado”, una pintura de la reflexividad. Pero conservemos solamente nuestra conclusión: el arte sale de la naturaleza, pero la transporta, la domina pues y la hace perceptible, hasta en sus rincones más recónditos. También la despliega.

e) Que se nos permitan aún algunas observaciones finales en favor del monismo.

Se ha condenado demasiado y alejado lo real en la medida en que, precisa y previamente, se lo empobrecía. Operación hábil: se le vacía de su contenido, para poder luego descalificarlo mejor. Pero su riqueza se filtra al menor de sus fragmentos: tomamos aquí de Gaston Bachelard un bello análisis que hace de un instrumento trivial, a través del comentario inspirado de Michel Leiris, de las ensoñaciones, es decir de los agrandamientos y de las prolongaciones. Ya no relativo a la página en blanco sobre la cual se escribe, ¡sino a propósito del lápiz que la raya! No la pintura sino la más próxima literatura: “Ajusta el cuchillo primero a la dureza de la materia, después a la dureza rechinante de la mina. Nada falta, ni los ruidos ni los olores. Este es pues un ensayo de fenomenología de la materia: ‘Más que cualquier experiencia preparada con cuidado, que logra o en la que fracasa un profesor de física, estos actos de una elemental simplicidad nos hacen entrar en contacto con la materia mineral, aquí comprendida por entero dentro de los límites ridículamente reducidos de este cuerpo que brilla, vecino de las piedras preciosas por su exactitud y su delicadeza’...”¹⁴. El menor

¹⁴ *La terre et les Réveries de la Volonté*. p. 280.

pedazo contiene el Universo, de ahí la intensidad y la profundidad de las consideraciones “microscópicas” o liliputienses. Por otra parte, convendría ligar los fenómenos los unos con los otros, puesto que es necesario a toda costa impedir el desparramamiento o la amputación. Completemos, restauremos, abramos.

La sola conciencia puede revelar sus maravillas puesto que precisamente ella las aclara. En una especie de vuelta, ella ha sabido distanciar; mientras que el universo huye por todas partes, en la representación (palabra clave) se inmoviliza y se panoramiza. La imagen brota de allí y el conocimiento saldrá de ella. El podrá extrapolar luego, proseguir, rematar una naturaleza que se quiebra, se entraba o se escapa.

La psicología, pretendida ciencia del *ego* —insistimos en esto— ha sostenido generalmente los mitos. Sin embargo solo ha progresado cuando ha fisicalizado sus investigaciones, sus aproximaciones, sus modelos. Pero bien pocos lo han logrado. El filósofo aquí arriesga protestar: nos situamos ahí, es verdad, en una zona neurálgica, en la frontera, del movimiento y del sentimiento. Pero no abramos este debate, sembrado de todo tipo de trampas; para nosotros lo psíquico no se convierte en una luz que se superpondría, y que por lo demás no sabe ni cómo ni por qué, a lo físico; él es la esencia misma de lo físico.

En resumen, situémonos filosóficamente en las intersecciones: por un lado, el Universo en su inmensidad, su variedad, su inesencialidad, por el otro lado, una conciencia que logra apoderarse de él. Lo resume, por tanto lo aligera y lo transcribe. Aunque nacida de él y en él, ella lo voltea; ella lo inventa y lo prolonga.

¿Monismo lleno de dificultades y de sombras? Es verdad. Confesamos nuestras dudas. ¿No terminamos por divinizar la “materia”, que se ha vuelto el absoluto? No, puesto que logramos captarla y salvarla de ella misma. El Mundo ha dado a luz lo que lo absorbe y lo sostiene; so pretexto de “subsistir” mejor y de perdurar, se han forjado poco a poco, inevitablemente, “estructuras” más resistentes que él, capaces de desplazarlo y de reemplazarlo. Tales serían la fuerza y la proeza del espíritu cerebralizado. El hombre solo existe por y para este fantástico recentramiento.

Hemos tenido el honor de explicarnos, no solamente ante algunos de los más prestigiosos científicos de la biología moderna, sino también ante los epistemólogos más conocidos, como ante algunos filósofos de renombre.

¿Hemos respondido a sus expectativas, queremos decir a sus cuestiones? No es seguro.

En resumen, podemos sostener que hemos trabajado en el surco de las reflexiones que han abierto, en Francia, los trabajos de Gaston Bachelard y de Georges Canguilhem.

¿Los hemos traicionado? Seguramente, puesto que es lo propio de los discípulos más seguros. Ellos lo han repetido claramente. Recitar, con la punta de los labios, en el perfecto mimetismo y la concordancia, no nos parece la actitud más devota ni la más conveniente.

¿Desviación? Quizás, deslizamiento, pero de ninguna manera herejía. Solamente hemos sacado a nuestra manera, interpretado, incluso deformado.

Dos palabras merecen ser finalmente retenidas: la de “materialidad” —Gaston Bachelard la ha festejado— y la de “vitalidad”, y es un hecho que Canguilhem la ha reconocido siempre y celebrado. De estas dos palabras, hemos osado hacer una sola, puesto que la una desenvuelve y exalta la otra. En una doble fidelidad, fusionémoslas. Y sobre todo, no dejemos de habitar en el corazón de su interferencia.